

Conflicto e (in)visibilidad

**Retos en los estudios
de la gente negra en Colombia**

Eduardo Restrepo – Axel Rojas
Editores



Editorial Universidad del Cauca
Colección Políticas de la alteridad

© Editorial Universidad del Cauca 2004

© De los autores

Grupo de Investigaciones para la Etnoeducación
Universidad del Cauca, Popayán, Colombia

Primera edición
Septiembre de 2004

Editores académicos:
Eduardo Restrepo y Axel Rojas

Editor General de Publicaciones:
Felipe García Quintero

Diseño y diagramación de la serie editorial:
Enrique Ocampo Castro

Copying Left

Los documentos de esta publicación pueden ser reproducidos total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente y sean utilizados con fines académicos y no lucrativos.

Las opiniones expresadas en los documentos que componen esta publicación son responsabilidad de los (as) autores (as). La financiación de la publicación por parte de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional y la Organización Internacional para las Migraciones –OIM–, no significa coincidencia con los puntos de vista allí expresados.

ISBN: 958-9475-59-0

Impreso en Feriva, Cali, Colombia.

Contenido

Presentación	11
Agradecimientos	15
Introducción	
Eduardo Restrepo - Axel Rojas	17
Desplazamiento, conflicto y desterritorialización	33
Geografías de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas	
Ulrich Oslander	35
Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano	
Arturo Escobar	53
Dinámica y consecuencias del conflicto armado colombiano en el Pacífico: limpieza étnica y desterrito- rialización de afrocolombianos e indígenas y ‘multicul- turalismo’ de Estado e indolencia nacional	
Oscar Almario	73
Negándose a ser desplazados: afrocolombianos en Buenaventura	
Santiago Arboleda	121

Subalternización e (in)visibilidad	139
De la esclavitud al multiculturalismo: el antropólogo, entre identidad rechazada e identidad instrumentalizada	
Elisabeth Cunin	141
Subalternos entre los subalternos: presencia e invisibilidad de la población negra en los imaginarios teóricos y sociales	
Axel Rojas	157
No todos vienen del río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia	
Carlos Efrén Agudelo	173
El patriarca imposible: una aproximación a la subjetividad masculina afrocaribeña	
Julia Eva Cogollo - Juliana Flórez-Flórez - Angélica Nãñez	195
Presencia negra en la zona bananera del Magdalena: invisibilidad de una permanencia	
Cristian Manuel Olivero Pavajeau	209
Implosión identitaria y movimientos sociales: desafíos y logros del Proceso de Comunidades Negras ante las relaciones de género	
Juliana Flórez-Flórez	219
Políticas de la representación, multiculturalismo e interculturalidad	247
Los guardianes del poder: biodiversidad y multiculturalidad en Colombia	
Peter Wade	249
Biopolítica y alteridad: dilemas de la etnización de las colombias negras	
Eduardo Restrepo	271
Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina	
Camila Rivera	301

**Colonialidad, conocimiento y diáspora afro-andina:
construyendo etnoeducación e interculturalidad en la
universidad**

Catherine Walsh 331

Sobre los autores 347

Presencia negra en la zona bananera del Magdalena: invisibilidad de una permanencia

Cristian Manuel Olivero Pavajeau

Desde la época de la conquista los cronistas dieron cuenta de asentamientos negros en los territorios de la antigua Provincia de Santa Marta como Masinga, La Ramada (actual Dibulla) y Papare. Según las crónicas de Juan de Castellanos y Pedro Julián, o la *Floresta de la Catedral Basílica de Santa Marta* de Nicolás de la Rosa, todos ellos estaban ubicados en las estribaciones de la Sierra Nevada hacia el mar Caribe. Investigadores mucho más recientes como Dolcey Romero (1997) o Aramis Granados (1996) también mencionan la existencia de poblaciones negras en la Provincia y en la Gobernación durante los siglos XVIII y primera mitad del XIX. Sin embargo, parece no haber información historiográfica ni arqueológica que registre la presencia de poblaciones negras, durante esos mismos periodos, en tierras de la Zona Bananera de Santa Marta, hoy del Magdalena. Al indagarse en la propia zona por la existencia actual de poblaciones que posean culturas negras se relata la llegada, durante fines del siglo XIX y principios del XX, de gentes procedentes de las antiguas sabanas de Bolívar, de la Guajira y de otras partes del Caribe colombiano, y que eran movidas principalmente por la explosión del banano como principal renglón de explotación económica en la región. Muchas de estas gentes venían de María La Baja, Malagana, San Onofre y del Palenque de San Basilio. Otros, los llamados *yumecas* por una deformación de la voz inglesa Jamaica, venían desde las Antillas y se dice que estos no eran muy deseados para trabajar por ser menos ‘dóciles’ que los de Bolívar. Sin embargo, pareciera que esa presencia negra se hubiera diluido hasta hacerse invisible en la

conformación de las culturas de los pobladores de esta región y que no permanecieran como tales los poblados de gentes negras, puesto que pocos zoneros conocen sus nombres o ubicaciones exactas.

San Juan de Palos Prietos es el primer nombre, y quizás el único, que se menciona para identificar un poblado negro dentro de la zona bananera en el que pueda adelantarse un estudio de carácter cultural o social, pero su invisibilidad hace que se le conozca de oídas y que haya diversas versiones de su ubicación y de cómo llegar hasta él: ‘que queda más allá de Soplador’, ‘que es mejor entrar atravesando la montaña’, ‘que no queda en La Zona sino en Pueblo Viejo’, ‘que está casi llegando a la Ciénaga Grande’. En lo que coinciden todas las voces es en la inconveniencia de ir hasta ese lugar, por la permanencia allí de alguno de los bandos de la guerra colombiana y porque además aunque ‘ese es un verdadero palenque’ y ‘allí sí hay negros’, ‘esa es gente que no habla con nadie’, ‘ellos ni siquiera salen de allá’. Un transporte comercial que llegue hasta esa localidad es inexistente y tanto la gobernación como las fundaciones sociales que operan en la zona, se niegan a apoyar desplazamientos hasta Palos Prietos, por la inconveniencia del ‘orden público’. Por ello me vi avocado a desarrollar mi tesis de grado en antropología, interesado en el estudio de la utilización cultural y social de cuerpos y espacios en una comunidad negra de la Zona Bananera, en el barrio Nuevo de Zuluaga, en Guacamayal, que es el centro más poblado de toda la Zona. El barrio, de fundación relativamente reciente, está conformado en su mayoría por familias negras procedentes de diferentes regiones de la misma Zona. Para llegar hasta allí necesité hacer de alguna manera, el mismo recorrido de los pobladores negros de la Zona. Fue el señor Rafael Cassiani, cantante principal del Sexteto Tabalá del Palenque de San Basilio, quien me dijo que en Guacamayal vive su prima María Eduarda Herrera Cassiani a quien él no ve desde hace cerca de cuarenta años y que nació en Palenque.

La invisibilidad de la que se trata en el caso de las comunidades negras de la Zona Bananera del Magdalena no se limita al olvido político-cultural que entraña el concepto manejado por autores como Nina de Friedemann (1984), Peter Wade (1997) o Elizabeth Cunin (2003), sino que va mucho más allá, hasta el punto en que estas poblaciones parecen no ser vistas ni por los mismos habitantes de la Zona. Esta negación de las culturas negras en estos territorios ha resultado ser histórica. Durante las guerras de independencia un documento del rey español Fernando VII reconoce la fidelidad de la ‘muy noble, blanca y leal ciudad de Santa Marta’ que, por supuesto, incluía las tierras de su provincia entre las que está la actual zona bananera, desconociendo que desde la fundación y la conquista misma ocurrieron acontecimientos que señalan la presencia negra en estos lugares, como el incendio de la ciudad hasta sus cimientos en 1529 que, según

relatan los cronistas, fue ocasionado por una rebelión de esclavos africanos, como lo registró James King en su tesis de doctorado. En el archivo eclesiástico de Santa Marta aparecen registrados bautismos y matrimonios de gentes pardas, pero casos de gentes negras no aparecen por ninguna parte. En el archivo histórico de la misma ciudad existen documentos en los que consta la compraventa de unos pocos esclavos, lo que hace pensar en un frecuente uso del contrabando para la realización de transacciones de esa naturaleza. Cabe recordar aquí, sin embargo, que el gran puerto comercial y esclavista durante la colonia fue Cartagena de Indias y no Santa Marta.

Mucho más recientemente, incluso después de promulgada la constitución de 1991 que reconoce el multiculturalismo que integra nuestra nación, la sociedad samaria, a través de varios de sus entes político-administrativos, ha negado la existencia de comunidades negras en su territorio. Un documento de 1996 del Departamento Administrativo del Servicio Educativo Distrital DASED, a propósito de la creación de la Junta Distrital de Educación JUDI, que se encargaría de la política educativa de la ciudad, dice: “Que sepamos, no existen grupos raciales con las características negras en la ciudad de Santa Marta [...] pues no existen antecedentes históricos en esta ciudad que hablen de la existencia de comunidades negras”. Esta negación hizo que el presidente de la asociación Cimarrón de Santa Marta acudiera a organismos como la Defensoría del Pueblo, la alcaldía de Santa Marta, la gobernación del Magdalena, la Oficina para los Asuntos de las Comunidades Negras, el Ministerio de Educación y la prensa nacional y local. El Tribunal Superior del Distrito Judicial de Santa Marta rechazó una tutela en este sentido, negando la existencia de dichas comunidades por la ‘ausencia de rasgos culturales específicos’ y la ‘imposibilidad de aislar una comunidad apartándola del resto de la sociedad’. Sólo la Corte Constitucional pudo dejar sin efectos la decisión del Tribunal, afirmando que “[...] la violación al derecho a la igualdad, tiene un carácter colectivo pero afecta de manera particular a los miembros de la raza negra que viven en Santa Marta”, y obligando así a la Alcaldía y al DASED a nombrar a un representante negro ante la JUDI, como ordena la Ley 115 de 1994.

Al correrse el velo histórico, político y social que parece tornar invisibles a las comunidades negras que habitan en estos territorios, aparecen poblaciones llenas de vida y de color que, como el Barrio Nuevo de Zuluaga en Guacamayal, corazón mismo de la zona bananera, dan cuenta de una permanencia negra que existe con una riqueza cultural que tiene arraigadas formas particulares de vivir la vida en una especie de libertad social y cultural que identifica no sólo a los propios poblados negros, sino que parece constituirse también en elemento fundacional de la forma de ser de los pobladores de la toda la zona. Así pues, trataré

ahora de mostrar una breve mirada de aspectos muy generales y cotidianos de Barrio Nuevo que aparecen como una ventana que permite ver más allá de la pesada cortina de la invisibilidad política y cultural.

La zona bananera es una llanura ardiente ubicada entre las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta y la Ciénaga Grande del mismo nombre, en la que se siembran principalmente *guineo* (banano) y *corozo* (palma africana). Guacamayal, localidad en la que se desarrolla esta experiencia etnográfica, está ubicada en la orilla sur del río Sevilla, que conduce sus aguas desde la Sierra hasta la Ciénaga. Este río es parte fundamental de la existencia del poblado y de alguna manera es también la columna vertebral de diversas formas culturales de sus habitantes, por cuanto es en él donde acontece en gran medida la vida diaria de las gentes. El aseo de los cuerpos, la ropa y los trastos de cocina es un asunto del río; hasta los amores públicos o furtivos viven allí sus pasiones.

Desde muy temprano, después de que la gran mayoría de los hombres han partido hacia las fincas a desarrollar sus labores agrarias, las mujeres se toman el pueblo, y principalmente el río, para desencadenar allí importantes procesos socializadores que están estrechamente ligados a las actividades cotidianas anteriormente mencionadas. Los niños, por su parte, sobre todo los menores, salen a las calles a dar rienda suelta a juegos, carreras y algarabías, mientras algunos de los mayores, que ya cursan el bachillerato, asisten a las clases matutinas, pues en Guacamayal casi todas las escuelas de educación básica primaria funcionan por la tarde.

En todas estas actividades de la vida diaria en sociedad se observa el movimiento muy rítmico de los cuerpos de los guacamayeros que caminan por las ardientes y polvorientas calles, desenvolviéndose en maneras culturales que implican grandes voces, colores muy vivos y un contacto permanente entre los cuerpos que, ante una primera percepción, pueden ser considerados como simples golpes innecesarios que ellos se dan entre sí, hasta a manera de saludo.

El Barrio Nuevo de Zuluaga empezó a constituirse como tal a principios de la década de los ochenta, cuando unos pobladores negros, que hasta ese momento estaban asentados en el sector conocido como El Bajo (y otros pocos en el barrio San Juan), empezaron a ocupar las tierras de la finca Potosí, ubicada al occidente del poblado y a orillas del río Sevilla. La denominación de Barrio Nuevo surge precisamente de ser este sitio el nuevo lugar para un asentamiento mayoritariamente negro en Guacamayal y el apellido Zuluaga es heredado de la persona,

un abogado, que defendió los intereses de los ‘invasores’ y puso todo su empeño hasta lograr la legalización de los predios recientemente urbanizados.

Guacamayal es un poblado de alrededor de 5.000 habitantes, lo que lo constituye en una de las poblaciones más urbanizadas de la zona bananera. Su organización conserva los trazados españoles, con una plaza principal frente a la iglesia, en la que ocurren eventos importantes como ferias, fiestas y festivales, y con numerosas manzanas cuadradas con sucesiones de casas pegadas la una a la otra, y formadas por calles y carreras que mantienen la tradicional línea recta de oriente a occidente y de norte a sur. Sin embargo, desde la esquina noroccidental de la cancha de fútbol, aunque la línea recta se mantiene hacia el occidente, esa formación de manzanas parece romperse para darle paso a una sola calle que parece interminable. Precisamente es por allí por donde se accede al sitio conocido como Barrio Nuevo, en donde se concentra la mayor cantidad de población negra de Guacamayal.

Al adentrarse por esa calle larga se empiezan a ver los rostros negros de hombres ancianos que, sentados en las puertas de sus casas, siguen al visitante con una mirada que parece escrutadora. También hay muchos cuerpos de niños con pantalones cortos y los torsos desnudos, y de niñas con el pelo rebelde sujeto por estrechos moñitos y trenzas, y vestidas de niñas (en nuestras ciudades solemos ver a los niños y niñas vestidos de adultos, pero con ropa pequeña). Todos están descalzos e inquietos, bien corriendo en grupo detrás de una cometa o en solitario, uno detrás de otro buscando tocarse o golpearse cordialmente, o bien saltando en un pie sobre las peregrinas trazadas en el suelo. El piso es ardiente y está formado por una arenisca ribereña, cuyas partículas más pequeñas se levantan estimuladas por las plantas de los pequeños pies y espolvorean a los niños hasta las rodillas. El calor lo envuelve todo y el brillo del sol hace que los ojos se entrecierren, que las axilas transpiren aceleradamente y pareciera que los movimientos se hicieran mucho más lentos, como si los miembros pesaran más de lo acostumbrado.

Una vez en Barrio Nuevo, se sabe que aquella calle larga no es la única, pues paralela a ella hay otra con características similares, con sus propios niños y ancianos y a la que se accede entrando por alguna de las callecitas que, de tramo en tramo, marcan el comienzo y el fin de las largas cuadradas. Los ríos de polvo quemante, cuyo calor atraviesa las suelas de quienes los recorremos calzados, tienen incrustadas en su lecho pequeñas piedras de río que forman una especie de minúsculos archipiélagos de roca.

Al seguir hacia el norte, por el curso de una de las calles que unen las dos largas y principales, nos encontramos con un barranco barroso pero seco, de algo más de dos metros de altura, al final del cual, en el fondo, corre despacio el río Sevilla hacia el occidente, buscando sin afanes la Ciénaga Grande y conteniendo las lavaduras de agroquímicos, fertilizantes y restos vegetales de numerosas fincas que atraviesa en la Sierra Nevada (que acá se conoce como Cerro Azul) y en la propia zona bananera. En él, en sus orillas, aparecen las mujeres sumergidas hasta los muslos lavando sus cuerpos vestidos y transparentados por la humedad, lavando otros vestidos sin cuerpos de hombres, de mujeres y de niños, lavando los chismes de cocina que el día a día va engrasando con manteca animal o con aceite vegetal y con restos de guineo y de arroz, de plátano y de yuca, a veces de carne y de fideo. En sus puertos de lavado, ellas hablan todo el tiempo. Hablan de sus hombres, de sus hijos, de sus cosas cotidianas. Es así como el río se revela como un eje geográfico que hace girar las dinámicas sociales de esta comunidad negra de ritmos lentos y distancias cortas: las casas de Barrio Nuevo más distantes del Sevilla, están a sólo dos cuadras de la corriente de agua que los sostiene.

Ahora se sabe que las dos calles principales del barrio corren paralelas a la fuente vital del río Sevilla. Del otro lado del mismo, hacia el norte, se aprecian desde la ribera misma las incontables ristras de *matas de guineo* que todavía sostienen la economía de la región y que le dan el nombre de Zona Bananera. De este lado del río, en el propio barrio, hay cerdos y chivos que hurgan en los matorrales, mientras algunos niños saltan desde salientes del barranco para zambullirse de pies o de cabeza en el cauce fresco que los arrastra algunos metros. Dentro del agua, el contacto de los cuerpos también es permanente. Dándole la espalda al río se aprecian los patios de las casas, cercados por hileras de palos secos, por entre los cuales se ve que esos patios son en realidad pequeñas fincas sembradas de árboles frutales y plantas medicinales y ornamentales, entre los que destacan por su abundancia, calabazos, mangos, guayaberos, limoneros y naranjos y también la caraña, la sábila y el toronjil. Las casas de habitación se levantan en medio de esos patios, generalmente con sus puertas en el extremo que dan hacia alguna de las calles principales; no se entra a ellas por los costados de los patios que flanquean las callejuelas que conducen hacia el río y en las que sólo se ven las trojas o palenques que cercan los predios. En los patios también hay cocinas sin paredes, amparadas del sol (que permanece inclemente) por escuetos techos de paja seca que están sostenidos por cuatro palos sin desbistar completamente. Desde los fogones de leña y piedra sale humo constantemente desde muy temprano en la mañana. Allí están también los minúsculos cuartitos de la letrina o baño, generalmente consistentes en tres paredes de bloque a la vista, rudimentario tejado de

cinc sujetado por piedras, un bacinete y una cortina hecha con un costal abierto para el caso o un grueso plástico negro de bolsas para la basura.

Por entre las hileras de cercas se divisan mujeres viejas sentadas a la sombra de algún árbol, fumando una calilla o sólo mirando, mujeres maduras pendientes del fogón o barriendo con insistencia las hojas secas que permanentemente se descuelgan de los árboles, mientras aves de corral, gallinas, pavos y las corpulentas chavarrías, se pasean picoteando la tierra y dando breves carreras en cualquier dirección.

A diferencia de las casas ubicadas en el centro de Guacamayal o en barrios muy populosos como el San Juan, en donde aquellas se levantan una inmediatamente detrás de otra, las casas de Barrio Nuevo guardan cierta distancia entre ellas (no los patios, sino las construcciones de los propios lugares de habitación). Las casas son pequeñas, generalmente de bloque (algunas con este material a la vista y otras empañetadas y pintadas) y techadas con láminas de cinc. Aún existen, sin embargo, algunas casas de bahareque y otras de tablas, pero en ambas persiste el cinc, que parece haber desplazado definitivamente al tejado pajizo.

Las casas están situadas sobre las dos calles principales, frente con frente, no sobre los costados o calles laterales, y por lo regular permanecen con las puertas abiertas desde muy temprano en la mañana, hasta bien entrada la noche. Las puertas de acceso a las viviendas son de madera y casi ninguna tiene cerraduras, sino dos argollas de hierro para colocar candados por fuera y dos sostenedores para una tranca por dentro. Cada puerta de entrada conduce a una sala, que generalmente es el lugar más espacioso de la casa, desde allí se accede, por aberturas que podrían tener puertas pero que en realidad poseen cortinas o sábanas, a las habitaciones que suelen ser dos. Estas casas son pequeñas y oscuras, casi siempre sin ventanas; son aireadas por cortas filas de calados y por la entrada misma, cuando en la mañana se anudan las cortinas en las partes altas de la misma. En algunas casas, en donde no se cocina con leña, tienen antes de llegar a la puerta que conduce al patio una pequeña cocina con estufa de mesa, que se alimentan de gasoil o de cilindros de gas propano.

En algunas casas no hay baño ni letrina. El aseo corporal es realizado por todos los pobladores del Barrio (y del pueblo) en el río. Los habitantes de Barrio Nuevo que viven en casas sin letrinas, orinan en los patios y desocupan los intestinos en los predios de la finca vecina, a la cual se accede saltando por encima de una larga pared de bloques que se construyó para detener las invasiones. Los niños terminan su digestión en los patios, recogen las heces con una pala y las avientan con un

ágil movimiento en bolea por encima del muro de la finca, que también alberga otra clase de desperdicios orgánicos y sintéticos. Los predios de la finca, que tiene varias hectáreas incultas (además de sus grandes extensiones sembradas de palma africana) también son aprovechados por varios habitantes de barrio Nuevo para sembrar algunos cuadros de maíz y de melón que sirven para complementar ocasionalmente la alimentación de quienes los han sembrado o, incluso, de quienes no.

Estas casas son habitadas por el conocimiento de sus pobladores, en la medida en que los objetos dispuestos en ellas reflejan la cultura y los saberes que ellos poseen. Es así como, aunque los mobiliarios son casi siempre escasos, hay muchos objetos atiborrados en mesitas y paredes. Estas últimas están pobladas de imágenes religiosas y fotos familiares y en casi ninguna sala falta un espejo, en cuyo marco se sujetan también imágenes como las mencionadas, así como facturas, boletas de rifas y otros papeles de uso diario.

Uno de los conocimientos que habita las casas esta representado en el hecho de que los árboles sembrados en cada patio se encuentran bastante retirados de la parte construida de las casas, por cuanto ellos son los sitios preferidos de las brujas para posarse. Así mismo, la presencia de imágenes religiosas como la de San Martín de Loba y la de la Virgen del Carmen forman parte de un conocimiento que ha estado presente en estas personas desde hace varias generaciones.

Estas casas, aunque son de carácter privado o particular, de alguna manera adquieren cierto grado de publicidad (carácter público), por cuanto es frecuente ver a los vecinos más cercanos entrar en ellas desde muy temprano hasta bien entrada la noche y hacer uso de sus servicios con la familiaridad que se tiene en la propia casa. Las casas de Barrio Nuevo en Guacamayal son el complemento del río y de las calles en los procesos de socialización entre adultos y niños, así como los escenarios predilectos para realizar las actividades cotidianas que entrañan una constante relación con los vecinos más cercanos, hasta el punto que la vida cotidiana de las familias más próximas se conoce como si habitaran todos en la misma casa.

Muchos más aspectos de la vida diaria de comunidades negras de la zona bananera del Magdalena como ésta podrían ilustrar esa presencia viva, esa permanencia cultural del ser negro que va mucho más allá del nombre *guineo* (de Guinea) que se le da a la fruta que constituye el sustento cotidiano de estas gentes y que parece también una invitación cordial a estudiosos de las sociedades y de las culturas a posar sus ojos detrás del velo de invisibilidad que parece cubrir las comunidades ne-

gras del Caribe colombiano que son muchas más que el Palenque de San Basilio y que son tan ricas y variadas como las que pueblan el Pacífico de nuestro país y que de alguna manera han sido desdeñadas por la historia y la academia.

Bibliografía

Cunin, Elisabeth

- 2003 *Identidades a flor de piel. Lo “negro” entre apariencias y pertenencias: mestizaje y categorías raciales en Cartagena (Colombia)*. Bogotá: IFEA-ICANH-Uniandes-Observatorio del Caribe Colombiano.

Friedemann, Nina S. de

1984. “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”. En: Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. pp. 507-572. Bogotá: Etno.

Granados, Aramis

- 1996 “Apuntes para la historia del poblamiento del departamento del Magdalena”. Inédito. Santa Marta.

Romero, Dolcey.

- 1997 *La esclavitud en la Provincia de Santa Marta 1791-1851*. Santa Marta: Instituto de Cultura y Turismo del Magdalena.

Wade Peter

- 1997 *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.